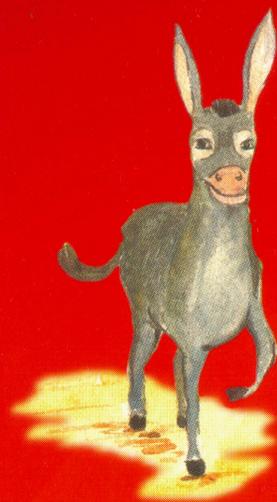


2da. Edición

Manuel Tamayo

NURI



LIMA

Manuel Tamayo

NIURI*

Cuento filosófico

Lima

*Estracto del libro: "La inteligencia de la sencillez" (Chiclayo 1993)

© Manuel Tamayo Pinto-Bazurco
LA INTELIGENCIA DE LA SENCILLEZ

Segunda edición: Lima, 2007

Extracto del libro "La Inteligencia de la sencillez"
publicado en Chiclayo el año 1993
Con Licencia Eclesiástica

Dibujos: Oscar Vilca
Colaboradores: Hugo y Lucía Esquivel.

Imprenta: JCM 472-6439

ÍNDICE

Camino a la ciudad.....	6
Visita a la ciudad.....	7
El descubrimiento de los líos sociales.....	10
La alegría de cuidar bien el ambiente de los niños.....	14
La clase y categoría del que es humilde y leal.....	14
Reflexiones paseando por las calles.....	16
El extraño mensaje de una informalidad desaliñada.....	17
Un amanecer con colores de esperanza.....	18
Los colores distintos de las costumbres y conductas.....	19
El encanto sencillo de la vida rural.....	23
La armonía global de los hombres.....	26
Nuri, un líder para la conquista de la verdadera unidad.....	27

INDICE

6	Camino a la ciudad
7	Vista a la ciudad
10	El descubrimiento de los linces
13	La llegada de Cuzco con el ambiente de los ríos
14	La clase y el espacio del que se habla y llega
16	Reflexiones generadas por las calles
17	El espacio urbano de una información testificada
18	Un momento con colores de espumas
19	Los colores de la vida de los ríos y conductos
23	El espacio urbano de la vivienda
26	La memoria de los ríos
27	Por un lado para la ciudad de la memoria

NURI era un burrito joven que nació en un pequeño pueblito del campo que estaba cerca de una ciudad, vivía pletórico de alegría, dispuesto a la generosidad y sin hacerse problemas con nada ni con nadie. Nuri era feliz sirviendo en lo que le pidieran.

Nuri cantaba y bailaba entre los árboles del campo. Era muy divertido verle animando a todos los demás animalitos de la naturaleza. Era la expresión de la humildad. No tenía nada que aparentar. Se expresaba tal como era.

Vivía en el campo y de la naturaleza recibía lo que necesitaba para existir. Era divertido verle disfrutar de todas las cosas buenas y animar a los demás. Encima de él podían subir otros para pasear. Los que iban encima se sentían orgullosos. Así procuraba alegrarles la vida, se preocupaba por ellos y también les gastaba bromas. Todos lo querían porque era muy bueno. Nuri no conocía la malicia.

El Cielo que veía con sus grandes ojos reflejaba su celeste en la retina. El sol, que calentaba su cuerpo, iluminaba el camino que debía recorrer y él continuaba mirando como si sus ojos pudieran observar el futuro. Todo el paisaje se proyectaba en su ser. Mirando el amplio horizonte mostraba en su actitud la claridad. Todo era luz para pensar sin límites de tiempo. Nadie lo interrumpía. Era dueño de un espacio espiritual profundo y rico.



Caminaba Nuri por los verdes prados observando la naturaleza bella y generosa. Todo le parecía maravilloso. Con mucha unción se detenía para observar la belleza de una flor y la armonía del paisaje. Se daba cuenta que todo era bello y útil. Contento cantaba agradeciendo la vida llena de paz y de salud.

Cuando Nuri creció le animaron a salir del pueblo para que conociera el mundo. El no estaba tan animado porque era muy feliz allí. Los mayores se reunieron y vieron las asombrosas cualidades que tenía para transformar el mundo. Le aconsejaron que lo hiciera por el bien de los demás. Nuri poco a poco fue convenciéndose. Le costaba bastante salir de allí.

Su familia le organizó todo para que pudiera hacerlo sin mayores contratiempos. Sus padres lo llenaron de consejos sensatos y prudentes. Fue poco a poco despidiéndose de todos. Hasta que llegó el día de la despedida general. Le organizaron una fiesta con baile y muchos discursos, todos le deseaban lo mejor. Nuri dijo unas palabras emotivas que le llevaron al llanto, los demás se contagiaron y lloraron con él. Fue muy sentida su despedida.

Camino a la ciudad

Temprano al amanecer, cuando todavía la oronda luna blanqueaba el verdor de la abundante vegetación, Nuri emprendió una larga caminata hacia la ciudad bordeando las chacras y los campos de cultivo entre los ladridos de los perros y los matorrales silvestres que invadían el camino estrecho de bajada.

Al principio eran las mismas rutas que había recorrido cantando y bailando, hasta que empezó la trocha desconocida. Iba asustado descubriendo cosas nuevas. Todo le llamaba la atención. En su mente guardaba los consejos recibidos. Poco a poco iba animándose pensando que ya llegaría a la ciudad. Le habían dicho que todo era diferente y que él tenía la suficiente formación para aprender muchas cosas y para enseñar otras.

En el camino empezaba a ver paisajes que nunca había visto. Distruido con las novedades oyó un zumbido como de un motorcito eléctrico, se acercó y vio una chupajeringa moviéndose como una avioneta, reía al ver sus contoneos para chupar el néctar de una flor. Más allá le pareció ver unos aviones más modernos y eran los picaflores o colibrís. Se fijaba y apuntaba en su mente: *Mientras veo la libélula volar, describo los vaivenes de mi mente al pensar, que el vuelo rápido y sin compás del transitar, acomoda las ideas con la prisa buena del amor.*

Seguía su camino con la prisa buena del amor. Pensaba en lo que había dejado en el campo, pero también era consciente de lo que llevaba con él y de lo que le esperaba en la ciudad. No quería defraudar a los que tanto le habían aconsejado. Nuri era una esperanza para muchos. Muchos más de lo que él se imaginaba.

Le habían dicho que la ciudad estaba llena de edificios de todo tamaño, que tenía grandes avenidas y muy transitadas, que la gente caminaba con prisa, que todo estaba en movimiento, que no era como la quietud y el silencio del campo.

Nuri iba tener que adaptarse a la vida de la ciudad sin caer en las cosas negativas. Estaba bien prevenido y con cierto nerviosismo. Su optimismo le hacía pensar que iba a triunfar y su realismo le hacía recordar los consejos sabios de sus seres queridos que le ayudarían a actuar con prudencia.

Le habían contado que en la ciudad había mucha gente que se encontraba sola. No podía creerlo. ¿Cómo es posible que estén solos, son miles y además viven juntos? Era increíble pero eso pasaba con bastantes. Le preocupaba caer en la soledad pero la esperanza en los proyectos que le habían encomendado era superior.

Los sabios habían pensado en él para llevar a la sociedad la humildad y el servicio, dos virtudes que se estaban perdiendo y eran las virtudes de las personas buenas que podrían cambiar el mundo.

Nuri era muy joven pero confiaba en los consejos recibidos y había entendido lo que tenía que hacer. No llegaría a la ciudad pisando fuerte porque era el portador de la humildad. Llegaría para aprender mucho de muchos y para ganar en experiencia. Nuri era todo un proyecto.

Antes de llegar a la ciudad, al pasar por las chacras, pudo ver los cultivos en extensos campos que los hombres trabajaban. Unos estaban mejor que otros. La tierra bien cultivada era más bella que la otra y hacía felices a los hombres que también embellecían trabajando, en contraste con las pobres tierras de los flojos, que paraban amargados y envidiosos.

Seguía andando entre los matorrales y de pronto sintió un olor fuerte y penetrante. No era nada agradable. Cuando tuvo un poco más de visibilidad logró ver unos gallinazos en un lugar de desperdicios. Le impresionó el espectáculo y fue como la primera señal para saber que estaba cerca la ciudad.

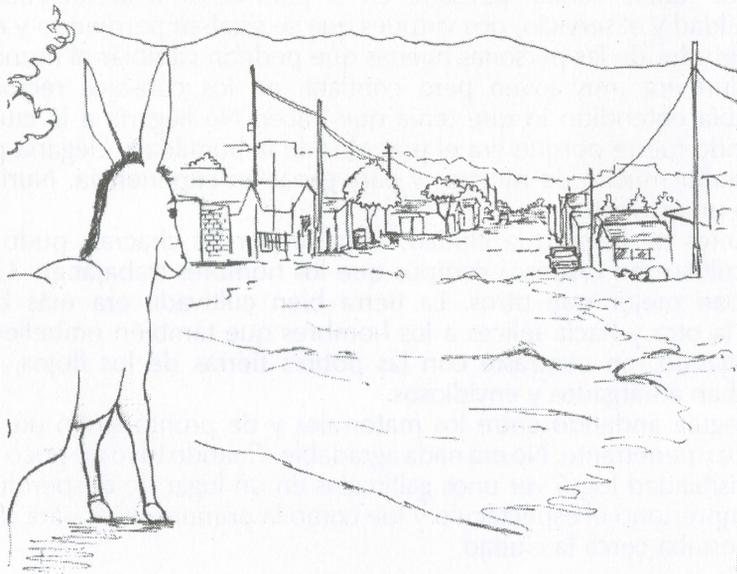
Visita a la ciudad

La primera impresión al llegar a la ciudad la tuvo con la basura arrojada en las afueras, presisamente por donde entró Nuri. Allí desembocaba el camino que lo traía del campo. Fue lo primero que vio, pero seguía contento con las ilusiones que traía. Superó con facilidad ese momento desagradable.

Las primeras casas que vio estaban bastante destartaladas y construidas con mal gusto. Provocaba cerrar los ojos y no mirar; sin embargo no había más remedio que reconocer su existencia, tal vez para pensar mejor y tener una iniciativa que pueda cambiar el panorama.

Nuri miraba con estupor la miseria de los barrios marginales. Contemplaba un terral polvoriento con casas a medio construir. Parecía que así se iban a quedar para siempre. Algunas tenían las lunas rotas tapadas con periódicos pero no les faltaba la antena del televisor.

Los rostros de las gentes de esos barrios dibujaban preocupación, inquietud, miedo. Corrían por toda la ciudad persiguiendo su destino, quien sabe con qué tipo de esperanza, porque algunos parecían conformes con su situación, aunque no se les veía tan contentos. Nuri solo observaba.



Hasta ahora solo podía comparar esos barrios con el campo de donde procedía. Lo que le habían contado lo estaba experimentando. Todavía no podía intervenir, tenía que seguir aprendiendo. Continuó su camino por las calles hasta que llegó a una zona residencial de familias con más recursos.

Qué bonitas se veían las casas en las grandes avenidas. Qué bellos los jardines y las luces de los faroles que iluminaban las calles principales y los parques. El agua limpia y cristalina de los ríos y manantiales que llegaba a cada casa y a las fuentes. Era una belleza

ver el azul de las piscinas y el hielo blanco en los vasos de refresco para apagar la sed.

Nuri se puso a caminar por la avenida principal. Aquellas calles y edificios que se había imaginado estaban ahora delante de él con toda la grandeza y el realismo de la cercanía.

El ruido de la circulación era distinto al canto matinal de los gallos o la trinar de los pajarillos en el campo. Todo le sonaba disonante y atrevido, sobre todo por el empeño inoportuno del hombre con prisa que quería llegar a toda costa abriéndose paso entre los demás.

No entendía por qué le pedían prisa y le increpaban si él estaba llevando la paz. Al mismo tiempo se daba cuenta de que los que iban con prisa no estaban tan preocupados como otros que no se podían desplazar a esas velocidades.

Veía que algunos iban por la calle subidos en un "status", sin darse cuenta de su ridícula actitud. Tenían un mundo original y pintoresco, cargado de agresividad y sentimiento. En otros se notaba respeto y buenos modales, estos últimos no eran tantos, había que buscarlos con lupa.

Se fijó admirado en alguno de los que entraban a la Iglesia bien temprano por las mañanas y los domingos para la Misa. Salían con una energía distinta del hombre con prisa. Ellos no atropellaban, respetaban y amaban.

Nuri iba teniendo poco a poco sus experiencias en medio de la calle. Vio que la vida iba a mil por hora, que la gente hacía mucho ruido: las bocinas de los carros, los vendedores ambulantes, los manifestantes que pasaban en grupos coreando sus protestas, las sirenas de los bomberos y las ambulancias. Era todo un concierto que sucedía a la vez y lo mareaba. Extrañaba la quietud del campo pero tenía que quedarse en la ciudad.

En medio de las dificultades aprendía muchas cosas: el valor del tiempo, organizarse bien, prever las cosas, hablar con propiedad. Veía también situaciones que eran para él como un reto. Estaba acostumbrado a servir y no podía dejar de hacerlo. Le llamaba mucho la atención las personas que pasaban de largo sin ayudar. El no era así.

El descubrimiento de los líos sociales

De pronto vio en la entrada de un gran edificio la cola que hacían unos jubilados para reclamar el pago de sus pensiones.

Entró y les vio indignados porque había en aquella oficina un largo mostrador con diez ventanillas y atendían sólo por una. Los pobres jubilados que se sentían victoriosos de llegar hasta la ventanilla, eran sentenciados con la disminución de su sueldo sin que nadie les explicara nada. La máquina no podía equivocarse.

El ambiente de aquella oficina clamaba al Cielo porque casi todos los empleados asistían a una reunión para conversar sobre el bingo y el almuerzo; en aquella oportunidad le otorgarían al Jefe una medalla de reconocimiento por su trabajo eficiente. A ninguno le interesaba el problema de los jubilados. Eran parte de la rutina y del sistema.

Nuri, asombrado, no podía creer lo que estaba viendo. Con el corazón comprimido decidió hablar con el jefe que iban a premiar por su trabajo eficiente. Subió por las escaleras elegantes a la mezanine donde se encontraba su oficina. La sala estaba elegantemente decorada, se escuchaba una suave melodía musical para poner serenidad en el ambiente. Habían muchas personas esperando con una hiriente inquietud reprimida. Colgaban de la pared unos carteles que exigían buenos modales, comprensión y agradecimiento.

Junto a la puerta de entrada de la oficina del jefe se encontraba su secretaria, sentada en el escritorio y hablando por teléfono. Nuri se acerca pero ella le hace un gesto para que tome asiento y espere un momento. La secretaria aprovechaba la demora de su jefe para hablar por teléfono sin escrúpulos, hasta que escuchó el manoteo de llaves y el chasquido de la cerradura. Colgó rápidamente el teléfono haciendo gestos de ponerlo todo en orden.

La señorita que acababa de llegar con una tarjeta del jefe pasó de inmediato a conversar con él. La señora que llevaba 3 horas esperando protestó enérgicamente y se retiró acalorada, otros hicieron lo mismo llenos de indignación. Al irse la gente la secretaria sacó del bolso un espejo y se puso a peinar. Nuri estupefacto contemplaba la escena. A la secretaria le molestaba su presencia.

Después de mucho tiempo, cuando Nuri oyó que el jefe se despedía de la señorita, se levantó y se metió a la oficina del jefe sin mayor trámite. La secretaria lo perseguía vociferando: ¡Espere!, ¡Espere! Ud. No tiene cita... Fue inútil, Nuri estaba dentro de la oficina del Jefe.

Un escritorio grande y lujoso con muchos teléfonos, una computadora último modelo con variedad de programas (muchos juegos), la pared llena de cuadros con fotos y premios. En el librero

se encontraban los trofeos deportivos y en la mesita una cigarrera de plata con tabaco de las mejores marcas.



En el sillón giratorio estaba sentado el jefe en mangas de camisa. Nuri le saludó amblemente. El jefe no levantaba la vista, estaba entretenido con un jueguito del celular. Cuando levanta la vista al verlo, su sola presencia le indignó: "¡Le he dicho a la secretaria que ya no recibo a nadie!" La secretaria llega mortificada para acusar la intromisión de Nuri y se arma una discusión entre el jefe y ella. Nuri se retira tenso y con la cabeza alborotada. Salió nuevamente a la calle.

Las calles estaban llenas de vida, los motores de los carros rugían como un coro desordenado y estridente. Los improntus de alguna moto intrusa causaban malestar a los peatones. La gente andaba con prisa con la mente en alguna preocupación dominante. Nuri tenía ahora la mente llena como los habitantes de la ciudad. Extrañaba el campo.

Andar por la ciudad era estar sumergido en un ruidoso mundo donde todos querían conseguir algo: comprar, vender, llegar, visitar. Los escaparates de las tiendas y los letreros de las propagandas presentaban una vida fácil, como si la alegría y la felicidad de las personas dependiera de ellos.

El esmero del trato en las casas comerciales contrastaba con el de las dependencias de trabajo. Algunas personas descansaban de sus problemas mirando los escaparates de las tiendas, como si la vida de la calle fuera una especie de droga para salir de la realidad.

Nuri caminaba despacio viendo todas estas cosas, quería llegar con prisa a soluciones sensatas pero no podía pensar bien, porque el movimiento de la ciudad lo tenía inquieto.



Los vendedores ambulantes querían a toda costa vender sus mercancías, las ponían por los ojos con todo tipo de ofertas y ruegos para que compraran. Nuri se sentía presionado.

De pronto se le acercó una señora muy pobre que llevaba un niño en la espalda de aspecto enfermizo, vestía unas faldas anchas, arrugadas y malolientes, el cabello desarreglado le tapaba casi los ojos y en el rostro magro dibujaba una mezcla de angustia y desolación. Llevaba en la mano una antigua receta mugrienta con la medicina que debía comprar para su hijo. Con el corazón roto Nuri le entregó rápidamente lo que podía. Aquella mujer le agradeció con mil alabanzas y se retiró con prisa. Luego Nuri observó que repetía la misma operación con otra persona en vez de ir a comprar la medicina. Nuri se quedó pensativo.

La calle le iba diciendo muchas cosas como si fuera un libro abierto para reflexionar. Más adelante, sin ir muy lejos, vió un niño de unos 12 años que lloraba desconsolado, las gentes que pasaban lo miraban con pena (tal vez con mucho sentimiento), pero seguían su camino, no tenían tiempo para complicarse la vida.

Nuri se acercó y comprobó que estaba enfermo. De inmediato paró un taxi para llevarlo al hospital. El chofer, que se dio cuenta del problema, aprovechó para cobrar más aduciendo que era un servicio especial. Nuri no podía entender esa actitud, tendría que cobrar menos.

En la puerta del hospital había una multitud. Los médicos estaban de huelga, algunas enfermeras apoyaban esa medida. Había un ambiente de tensión. El niño estaba muy asustado. La policía bien armada, observaba todo sin tener órdenes para intervenir. Los periodistas con sus cámaras hacían entrevistas. Mientras todo eso ocurría el niño empeoraba.

Nuri recibió explicaciones de lo que ocurría. El no podía creer lo que estaba viendo. Moviendo cielo y tierra consiguió que se ocuparan del niño. Algunas personas buenas facilitaron la atención. Eso se consideró como un verdadero milagro. El taxista de regreso también era bueno, tenía en su carro la estampa del santo de su devoción, no quiso cobrar y se esmeró en su servicio. Nuri veía los contrastes y seguía pensando.

Al salir del hospital pudo apreciar un cuadro que reflejaba dos mundos distintos e incomunicados dentro de la misma ciudad. Era un día de mucho calor y vio junto a la puerta de un Banco a un policía fuertemente armado que estaba bastante temeroso defendiendo la vida de los que entraban en el Banco de cualquier asalto de ladrones o terroristas. Tendría algo más de 20 años. En la esquina, a unos metros, tomaban helados tres muchachos de la misma edad con sus ropas de baño, sus polos coloridos y sus tablas hawayanas. Tenían la radio del carro a todo volumen y se dirigían a la playa para pasar un hermoso día.

Para Nuri el contraste entre el policía y los que se iban a la playa no era la preocupación sino la incomunicación que había entre ellos. Tenían la misma edad, eran de la misma ciudad pero vivían en dos mundos distintos. Se echaba de menos un saludo, algo de ánimo o de solidaridad. Tal vez la educación todavía no llegaba a tanto.

En la playa de estacionamiento, junto a la heladería, algunos chiquillos mal vestidos esperaban a sus clientes para cuidarles o lavarles el carro. Los utensilios que tenían para trabajar eran muy pobres: unas latas abolladas llenas de agua sucia y unos trapos rotos que servían para todo después de enjuagarlos. Qué difícil resultaba decidir en esas circunstancias, cuando la sociedad reconoce ese trabajo y son muchos los que tienen necesidad. Se veía, como en los demás trabajos, que alguno tenía más suerte, quizá el más vivo, sin embargo el cliente se sentía cada día más amenazado porque si se negaba a dar trabajo, su carro corría peligro. ¿Cómo solucionar estos problemas de la ciudad?

La alegría de cuidar bien el ambiente de los niños

El ambiente del parque infantil era tradicional, allí existía la paz y se podía descansar viendo los verdes árboles o la laguna con los patos blancos que nadaban como emperadores reinantes sin que nadie les molestara, y sobre todo el juego ingenioso de los niños que disfrutaban gastando sus envidiables energías. Nuri se fijó en el mundo infantil y se dió cuenta que la alegría de los pequeños dependía de los mayores. Entrar en el parque era ver niños correr y también escuchar, con el chirreo de los columpios, algún lloriqueo o llamada de atención y el sonido del organillo con su suave melodía penetrante. También se podía observar el colorido de los globos y las cometas. Al ponerse el sol, cuando los niños se regresaban a sus casas, era todo distinto, como si hubiera llegado la tristeza.

Nuri, que se fijaba en las conductas de las personas, se dio cuenta que la buena actitud de un momento determinado podría significar mucho para resolver alguna dificultad. Se acordaba del buen taxista, que no era un personaje importante de la ciudad, pero conseguía la felicidad de los demás con su buena conducta.

El parque de los niños tenía tres guardianes que se turnaban el trabajo cada semana. El modo de ser y las actitudes de cada uno influían notablemente en ese lugar de diversión infantil.

El primer guardián era tan holgazán que se dormía con frecuencia leyendo el periódico y descuidaba su trabajo. No conocía a los niños ni le interesaba. Con él todo era un caos.

El segundo tenía un carácter horrible, siempre estaba de mal humor, chillaba y amenazaba a los niños. Sin embargo cuidaba el parque y se llevaba muy bien con sus jefes. Para él los niños eran malcriados y había que castigarlos. Los niños le tenían miedo y no les gustaba su presencia.

El tercer guardián conocía a todos los niños por su nombre, acudía contento a su trabajo, tenía muchos amigos. Era un verdadero líder porque los niños le obedecían. Con su persuasión conseguía tener ordenado el parque. Hasta los papás de los niños, que le tenían mucha confianza, le pedían consejos. Este guardián se ganó la envidia de sus colegas y el aprecio de los niños y de sus padres. Nuri seguía aprendiendo.

La clase y categoría del que es humilde y leal

Frente a los bellos jardines contiguos al parque infantil se levantaba, en una gigantesca explanada que domina la vista, un imponente coliseo deportivo. Allí acudían los atletas para competir y ganarse

las medallas y trofeos. Hombres y mujeres jóvenes entrenaban diariamente y el fin de semana, los aficionados iban a ver los partidos programados.

Nuri acudió el domingo cuando el coliseo estaba abarrotado. Los miles que llenaban las graderías hacían barras a su equipo preferido y mostraban una unidad profunda, al menos durante el partido. Se veía la fuerza de la pasión por la victoria. Las esperanzas de ganar las manifestaban de forma ostentosa. Al final los hinchas del equipo ganador salían llenos de satisfacción y los perdedores defraudados se retiraban cabizbajos, queriendo olvidar pronto la triste experiencia. Esas escenas se repetían siempre.

La verdad es que ambas hinchadas se olvidarían pronto de los momentos de unidad que habían compartido entre ellos para alentar a sus respectivos equipos. La vida pesaba más que la aficción deportiva.

Nuri pensaba que la verdadera unidad se tejía de una manera más profunda, con sacrificio y amor.

Nuri bajó por las graderías al lugar donde se encontraban los deportistas y se acercó a uno de los suplentes, que estaba sentado en el banquillo. Tenía la camiseta pero nunca tuvo la oportunidad de jugar como titular. Era brillante en el juego con sus amigos, pero cuando jugaba en el equipo, la presencia de algunos y las preferencias del entrenador, opacaban su capacidad. A pesar de esos inconvenientes quería mucho a su equipo.

Era un suplente leal que no le importaba estar en un segundo lugar, aunque tenía la capacidad para ocupar los mejores puestos. Sus dirigentes, sin quererlo, ni darse cuenta, le estaban haciendo un favor. Nuri admiraba la brillantez de la lealtad de este jugador. El mundo necesitaba suplentes como él, personas que amen a su equipo aunque no sean los protagonistas ni los que reciban los aplausos. Los más importantes son los que trabajan con lealtad y con verdadero espíritu de servicio. Nuri se parecía a él.

El equipo que había ganado jugó mal y dio un espectáculo bochornoso. Ellos, para justificar los puntos, decían: "lo importante es ganar y no cómo se gana". El equipo perdedor se lamentaba del pésimo juego de su adversario y decían: "no sólo es importante ganar sino cómo se gana". Ellos habían perdido pero jugaron con más arte y belleza.

Nuri pensó que aunque se gana con los goles era mejor ganar ofreciendo un espectáculo bello. En el mundo hay gente que gana dejando un alto costo de sufrimiento a su alrededor y una gran estela de descontento. Estos no son los mejores. Hay que saber ganar con la riqueza de la belleza interior. Cuando se gana bien hasta los rivales quedan contentos.

Nuri salió del estadio y se puso a pensar sentado en una banca de la avenida. Los carros pasaban al atardecer con los faros encendidos mientras las hojas de los árboles ennegrecían el ambiente. Los peatones, como siempre, iban y venían con rostros parecidos y pasos presurosos. Nuri seguía pensando: ¿quién podría ordenar esta sociedad tan desordenada? Siempre llegaba a la misma conclusión: las personas buenas. Nuri sabía que la solución no estaba en los sistemas sino en las personas.

Frente a la alameda, en medio de los portales, estuvo funcionando la tienda de Fito durante diez años. En todo ese tiempo le fue de mal en peor. Siempre decía, para justificar sus fracasos, que la vida era muy difícil y que no había plata para sobresalir. Cansado por las pérdidas decidió venderla. Abel compró la tienda y tomó las riendas del negocio. Hizo unos cuantos cambios con verdadero entusiasmo e inició una campaña para promocionar sus productos. En poco tiempo se dejó ver el éxito: la tienda estaba llena de gente, todos querían comprar allí. Es cuestión de personas, pensó Nuri.

Reflexiones paseando por las calles

Las horas avanzaban en el mundo de la reflexión sin que la calle molestara; al contrario, lo que sucedía encontraba rápidamente relación con lo que pensaba. Era como si le alcanzaran ideas bañadas de sentido común.

Por la misma acera se acercaba un grupo de muchachos que parecían salir del cine. Los chicos miraban a las chicas y ellas a los chicos. Nuri los miraba y pensaba en la lógica atracción entre el hombre y la mujer. Aquellos muchachos hablaban y reían al mismo tiempo, como en una competencia de protagonismo. Como en todos los grupos juveniles había uno que destacaba del resto. Lo malo era que para llamar la atención, se burlaba de los demás con sarcasmo. No le importaba dejar herido a uno. Era un líder poco convincente. Nuri tenía una razón más para pensar que había que preparar líderes buenos con personalidad y con criterio.

Nuri se levantó de la banca y se puso a caminar por la alameda. La noche ya había llegado y el bullicio de la ciudad se empezaba a perder, la bocina de algún carro que aparecía de improviso sonaba en el vacío como una terrible alarma, los semáforos con el ambar intermitente llamaban la atención, el viento frío aumentó y se llevaba las hojas caídas con la prisa y la sorpresa de un ladrón.

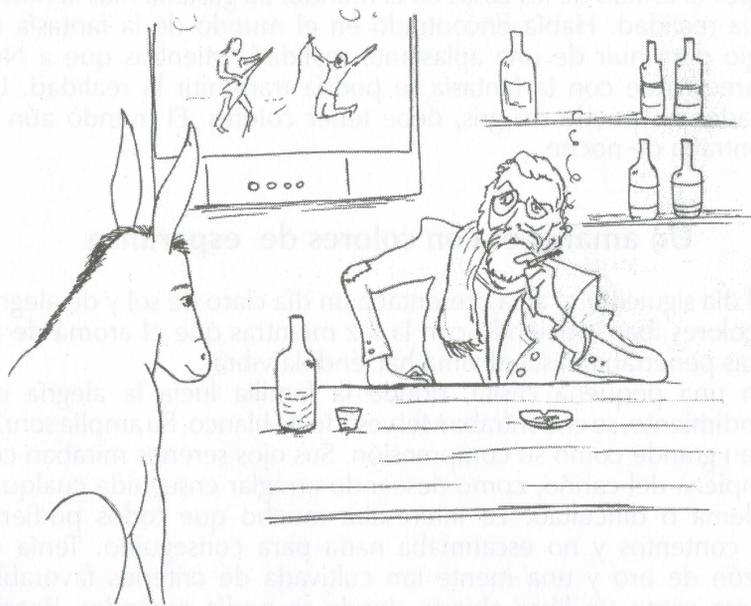
Las calles vacías seguían siendo un excelente escenario para la reflexión, ahora sólo se movían los letreros que parecían más grandes

sin la gente; se sentía más fuerte el aire que pasaba para perderse en la oscuridad de la noche. Nuri seguía caminando con sus pensamientos como si se encontrara sumando sin llegar todavía al resultado.

El extraño mensaje de una informalidad desaliñada

Después de mucho andar entró en el bar de los bohemios. Un lugar más para pensar, donde la hora no tenía cita.

El negro café despedía el olor del insomnio, mientras el humo del tabaco retrataba el pasar de las horas. Aburrido, en la mesa del fondo se encontraba Sentimenón, el más grande filósofo de la ciudad. Iba vestido de gris tirando a negro, su cuello estaba cubierto por una gruesa bufanda del mismo color y su rostro adusto, oculto por una voluminosa barba, era la expresión de la informalidad.



Parecía que había dejado de sonreír hacía muchísimos años por haberse dedicado a su filosofía. Sin amigos, ni tiempo para salir con nadie, pensaba con angustia existencial, descuidando llevar al cenicero la larga ceniza de su cigarrillo. Los ojos perdidos detrás de unas sucias lunas no tenían la fuerza de la esperanza, estaban como muertos con el brillo del cansancio que parecía eterno. Allí dormía y pensaba sin llegar nunca a soluciones alegres.

Nuri, asombrado con el cuadro, temía que sus pensamientos le llevaran a algo semejante. ¿Acaso los que piensan tenían que ser raros? No comprendía cómo los entendidos de la sociedad le podían hacer caso a una persona con esos aspectos tan desagradables.

Frente a la mesa había un televisor encendido con un video clip de unos rockeros que cantaban con expresiones de inconformidad. Las luces intermitentes y los movimientos de las cámaras encendían más la escena.

No se veía que en esos momentos estuvieran pensando en algo coherente, al menos no querían manifestarlo con sus canciones que eran de ruptura. A Nuri le daba la impresión que Sentimenón había escrito las letras y compuesto las músicas de esos conjuntos. El sólo observaba y no juzgaba, pero Sentimenón y los rockeros, con sus pintas originales, le daban miedo.

Sentimenón era un filósofo pesimista que sufría más por su estado que por el estado de las cosas en el mundo. Le gustaba más la ficción que la realidad. Había encontrado en el mundo de la fantasía un refugio para huir de una aplastante realidad. Mientras que a Nuri le parecía que con la fantasía se podría transmitir la realidad. Un pensador no puede ser gris, debe tener colores. El mundo aún se encontraba de noche.

Un amanecer con colores de esperanza

Al día siguiente el alba presentaba un día claro de sol y de alegría. Los colores iban creciendo con la luz mientras que el aroma de las plantas penetraba hasta el alma haciéndola vibrar.

En una pequeña casita, donde la familia lucía la alegría del entendimiento, se encontraba Mel vestido de blanco. Su amplia sonrisa era tan grande como su comprensión. Sus ojos serenos miraban con la limpieza del cariño, como deseando arreglar enseguida cualquier problema o dificultad. Le interesaba mucho que todos pudieran estar contentos y no escatimaba nada para conseguirlo. Tenía un corazón de oro y una mente tan cultivada de criterios favorables que era como un libro abierto donde se podía aprender. Rezaba mucho con una piedad atractiva y nada melosa. Todos se apoyaban en él con confianza porque decía siempre la verdad, era fuerte en sus convicciones y muy generoso con su tiempo y sus cosas. Decía que todo lo que tenía lo había recibido de Dios y que él estaba muy agradecido.

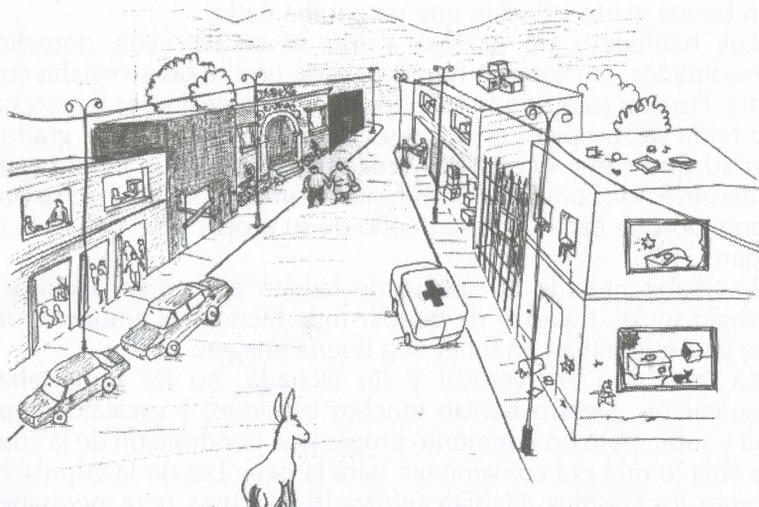
Mel animaba a todos con la canción de su vida llena de sabiduría. Todo el ambiente quedaba impregnado con la intensidad de su

presencia. Su casa retrataba el arte del hogar sencillo donde el orden parecía fácil. Los alegres sillones de la sala tenían la apertura de la buena acogida. En su biblioteca los mismos libros parecían haberse colocado para lucir radiantes y atractivos. En la mesa se notaba la finura del cariño cotidiano.

En su trabajo era diligente y amigo de todos. Procuraba que las cosas se hicieran muy bien. Tenía iniciativas para ayudar a los demás. De joven había sido Boys Scout porque quería servir a la gente como voluntario. Ahora, con su experiencia, podía llegar a muchas más personas. Todos querían a Mel. Nuri estaba feliz de haberlo conocido.

Los colores distintos de las costumbres y conductas

Nuri seguía su camino contento con los bellos criterios que enriquecían su mente y hacía propósitos de servir. No le llamaba tanto la atención el colorido exterior de las casas porque no era igual que el de los árboles o el de las plantas. Veía que en las casas algunos colores se usaban por fuera para tapar algo que había dentro, o al menos para disimularlo. Había que conocer bien lo de dentro.



En sus andanzas por la ciudad entró al barrio de los principales líderes y encontró sus casas pintadas con distintos colores. Cada color indicaba una ideología o una conducta. Las casas se veían bonitas.

Nuri quiso observar lo que ocurría debajo de esos colores en las casas de los líderes. Sentado bajo un árbol inició su nueva investigación.

La casa verde era totalmente horizontal, con muchas puertas, todas abiertas. Los que vivían allí eran partidarios de la libertad absoluta, todo les parecía bien menos la ausencia de libertad.

La casa verde tenía una particularidad, siempre se veía entrar y salir a la gente, aunque no todos eran de la familia. En las noches las luces de las ventanas continuaban encendidas y los carros de los invitados seguían estacionados fuera hasta altas horas de la madrugada.

Era la casa de las reuniones, aunque cada uno tenía sus compromisos particulares; se hablaba mucho respetando las ideas y la vida privada de cada uno. Con mucha frecuencia en esas reuniones se pasaban de tragos. Tenían la costumbre salir de allí un poco mareados y nadie decía nada. Tal vez alguno escuchaba un consejo "lejano" de algún pariente cercano para que se corrigiera, pero la fuerza de la costumbre era superior. El consejo se alejaba cada día más de la conciencia y ya ni se oía. Mejor dicho, no se quería oír y se usaba la libertad para defender ese "derecho".

En la casa verde solían encender el televisor a cualquier hora, bastaba que alguien quisiera hacerlo. Se podía jugar en la computadora sin restricciones de tiempo. Con frecuencia salían a los Bingos y Casinos. Alguno se había vuelto un poco ludópata, pero eran buena gente y decían que no pasaba nada.

Los habitantes de la casa verde se sentían con derecho a comodidades. No existían horarios, cada uno se las arreglaba como podía. Era una casa donde todos opinaban de cualquier tema y cada uno tenía sus propias convicciones. Se había llegado a tal grado de libertad que nadie decía nada, cualquier opinión en contra podría ser considerada como una intromisión o una presión que no se podía tolerar, porque cada uno era dueño de su propia vida. Eso es lo que decían.

Los habitantes de la casa verde habían aprendido a cuidar su prestigio social, trataban de quedar muy bien en el ambiente de la calle y se esforzaban en tener una buena imagen.

La casa roja era vertical y sin fachada, no les importaba la presentación. Dentro habían muchos escalones y escalafones para subir y subir, pero no por mérito propio sino por desición de la cúpula que veía lo que era conveniente para la casa. Los de la cúpula eran siempre los mismos. Habían reforzado las cosas para permanecer arriba. Para lograr ingresar a la cúpula había que empezar siendo muy fiel al sistema.

Los hombres de la casa roja no deberían pensar mucho porque ya todo estaba pensado y si pensaban y exponían alguna innovación,

corrían el peligro de ser castigados. Todos eran estimulados con grandes promesas para el futuro. Estaban convencidos de que llegarían a un paraíso maravilloso. Solo tenían que repetir “slogans” partidarios y luchar por ellos.

A la casa se entraba por la puerta falsa porque la principal estaba malograda. Los enormes sillones de la sala estaban cubiertos con una tela vulgar; no se usaban. En un lugar central aparecía la enorme fotografía del caudillo, que miraba el horizonte con ojos chispeantes. La vida se desarrollaba fundamentalmente en el comedor de diario. Allí se hacía todo: comer, estudiar, leer, conversar. Junto al aparador estaba la biblioteca con libros forrados de rojo, casi todos eran de ideales sociales y de lucha por el poder. Había en el comedor un voluminoso televisor donde solo se podían ver los canales oficiales seleccionados por la cúpula.

La vida de todos los días era igual, no existían los extraordinarios ni la variedad. Decían que en la casa todos recibían igual trato porque se respetaban los Derechos humanos, pero a pesar de eso habían muchas peleas. La casa estaba dividida en varias zonas. No se podía entrar a las oficinas de la cúpula. La mayoría tampoco podía salir de la casa, si alguien quería hacerlo tendría que pedir muchos permisos.

La casa naranja tenía un gran frontis y una puerta señorial a la que se llegaba por una ancha escalera desde un jardín externo con muchas flores. La zona de recepción era muy elegante. El hall estaba conectado con un amplio salón. El bar lucía botellas finas de diversas marcas y el elegante comedor podía dar capacidad a un elevado número de comensales.

El dueño de la casa naranja era un señor de mediana estatura y de cara ancha. Su cuerpo voluminoso le impedía ir de prisa, casi no podía cerrar los ojales inferiores de la camisa por su gordura. La esposa, tan voluminosa como él, no se quedaba atrás. Era una de las mejores cocineras de la ciudad. Los 4 hijos bordeaban cada uno los 100 kilos. Todos eran muy simpáticos. El tema de conversación habitual era sobre las exquisiteces culinarias. Ellos sabían comer muy bien y se preocupaban cuando veían que alguien tenía problemas para comer, les daba mucha pena. También cuando alguien se enfermaba y tenía que restringir su comida. Se ponían un poco nerviosos cuando un médico daba dietas, era algo que les incomodaba. Sin comida no podía haber felicidad.

Los que se educaron en la casa naranja aprendieron a ser buenos comensales y algunos también se especializaron en la bebida, eran buenos catadores. Estas aficiones les causaban también problemas de salud y algunos vicios con los excesos del licor.

En la casa de color amarillo todos estaban cansados y dormían plácidamente. Había un concierto de ronquidos verdaderamente espectacular. Cuando se despertaban los estirones y los bostezos se sumaban al concierto. Sus rostros aburridos reflejaban desgana, habitualmente llegaban tarde a todo y se olvidaban de las cosas. Los recibos estaban acumulados para pagarlos a última hora con largas colas, también tenían que pagar las moras por los retrasos. Con mucha facilidad perdían las cosas.

La casa amarilla era un canto al desorden. Los sillones de la sala deformados y con el tapiz totalmente gastado servían para que el gato, que allí descansaba, afilara sus uñas. Miraban con desgana las películas en la televisión y al poco tiempo solían quedarse dormidos con un pan en la mano a medio comer. Algunas veces había comida y otras no. Siempre tenían que salir a comprar algo a último momento.

Como se olvidaban de pagar los recibos sufrían el corte de luz o del agua con relativa frecuencia. La licuadora y la lustradora estaban en una esquina malogradas. La cocina funcionaba con una sola hornilla y el foco de luz no iluminaba bien porque se había llenado de telarañas. El carro despintado estaba en el garaje también malogrado. A los dormitorios no se podía entrar porque las camas estaban destendidas y las sábanas sucias, los cajones llenos de ropa arrugada y las paredes decoradas con posters y fotos de cantantes y calcamónias viejas y borrosas.

Los habitantes de la casa amarilla tenían mala suerte, les habían robado varias veces con distintas modalidades, se enfermaban con frecuencia por los descuidos habituales y tenían que hacer grandes gastos, además muchos de ellos no tenían trabajo, lo habían perdido.

En la casa marrón todo el mundo vivía con miedo, les parecía terrible la vida del mundo y obtaron por refugiarse bien. Con mucho sacrificio consiguieron enrejar todo el contorno y poner unos candados que cerraban herméticamente. Vivían, por si acaso, lejos de la puerta principal.

La casa marrón era de un solo piso, todas las habitaciones daban al jardín posterior. Había sido construida así por precaución. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer en caso de terremoto. Continuamente hacían simulacros. La casa estaba llena de instrucciones para proteger a sus habitantes, se conocían muy bien todos los peligros y se evitaban los lugares con riesgo.

Al médico iban con mucha frecuencia y cuando no podían lo llamaban por teléfono para preguntarle por alguna medicina o contarle algún síntoma nuevo. Todos eran muy nerviosos y bastante pesimistas.

La gente joven de la casa marrón estaba muy bien protegida, salían acompañados y no podían quedarse solos en cualquier sitio, era muy riesgoso y además podrían causar serias preocupaciones. Llegar tarde podría significar una crisis nerviosa para un familiar que se imaginaba lo peor. Cuando explicaban las cosas creaban teorías exageradas y tremendistas.

La casa dorada era ancha y espaciosa con unos grandes garajes convertidos en almacenes. Sus habitantes eran excelentes negociantes que todo el día trabajaban en una actividad febril. El hall, la sala y el comedor estaban invadidos por cajas y paquetes de todos los tamaños y colores. El teléfono sonaba constantemente. Era tanto el trabajo que casi ni comían. No tenían horario. Fumaban y tomaban café mientras hacían sus trabajos y se quedaban hasta altas horas de la noche. Al domingo llegaban por derribo para dormir casi hasta la tarde, los demás días padecían de insomnio.

En la casa dorada no existían los compromisos familiares. Los cumpleaños los celebraban brevemente durante el trabajo. Cada uno tenía sus encargos y trabajaba libremente de acuerdo a sus criterios.

A la casa negra no se podía ni entrar porque siempre habían peleas. En el interior los tabiques separaban a unos de otros. Cada día se distanciaban más. Conservaban en el alma viejos resentimientos y se aislaban unos de los otros. De vez en cuando se oían gritos de protesta y hasta insultos por los inevitables roces de la vida diaria. Entre ellos se mostraban antipáticos y duros, se habían acostumbrado a gritar cuando hablaban. El odio era una constante que les hacía vivir con tensión.

Todos estaban convencidos de la inutilidad de los otros y no estaban dispuestos a dar su brazo a torcer. Sólo sabían pelear y discutir, pensaban en ir a los tribunales para acusar y tramaban todo tipo de venganzas.

El encanto sencillo de la vida rural

Nuri después de observar las casas tenía una visión más clara, aunque no se trataba de mezclarlas todas para tener como resultado la casa ideal. Al estar en la ciudad descubrió que había gente que venía del campo y que eran de los pueblos. Para ver mejor los contrastes decidió visitar un pueblo más grande que el suyo y que estaba cerca de la ciudad.

Se puso en camino cantando a la luz de la luna mientras el cielo estrellado le hacía de techo y el viento suave le seguía acariciando como una madre que no se olvida de su hijo.

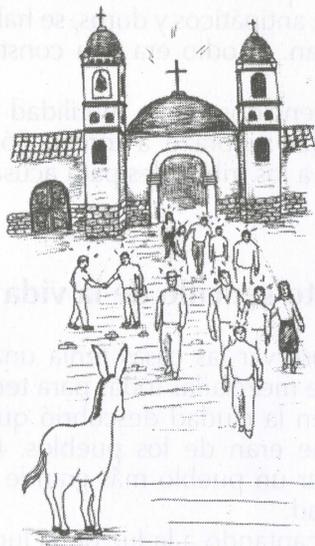
Subía la cuesta empinada con el estímulo de su misión, convencido de poder hacer progresar al mundo con lo que había visto y aprendido. El recurso principal sería siempre la persona. Estaba convencido de que en el pueblo encontraría también esa variedad de casas y de conductas.

Frente a los altos pinos de la entrada se apreciaba la belleza del paisaje con el sonido suave del viento, las aguas tranquilas y cristalinas que cruzaban el valle y el alegre canto de las aves. Todo aquello era como una alfombra mullida de serenidad. Los árboles se movían con un encanto especial.

Es el mismo árbol que baila, con el viento suave de la tarde, en su rutina habitual, con la música del barullo callejero, todos los días es igual.

Desde la loma hacia el otro lado se podía ver el pueblo. Las casas principales daban a una pequeña plaza central donde estaba la Iglesia y una oficina del municipio. Las calles estrechas dedendían por los desniveles de la vaguada y otras lograban subir un poco por la falda del cerro y terminaban en la acequia alta.

El ambiente del pueblo era tranquilo. Al amanecer los cantos del gallo y las campanas de la Iglesia llegaban a todas las casas mientras que los ladridos de los perros se escuchaban con eco rompiendo el silencio atroz del campo.



Las gentes con fe, que eran la mayoría, respondían al llamado de las campanas y acudían a los sacramentos que la Iglesia les ofrecía.

Nuri veía que entraban con una esperanza y salían con más. Era como una energía envidiable de paz y armonía, que los hacía más buenos y sencillos.

Terminada la Misa y desde muy temprano las personas mayores se encontraban trabajando, los niños iban al colegio cruzando por la plaza con el encanto en sus rostros y unos cuantos cuadernos arrugados. El aspecto de esas gentes dibujaba la rutina existencial, como si se hubiera parado el tiempo para siempre.

Nuri por ahora solo describía lo que observaba en el campo o en la ciudad. Quizá cada una de esas escenas reflejaban una situación del mundo, de la época o de las mismas personas. Se había dado cuenta que la ciudad y el pueblo eran dos realidades distintas que existían al mismo tiempo.

Observó que a pesar de las ventajas del campo, muy pocos querían venir a vivir al pueblo, decían que aquí no había futuro. El que quería destacar debía ir a la ciudad. Así era la realidad. Las alabanzas al pueblo quedaban para los poetas, para algún romántico idealista, o para un político mentiroso.

Si en los rostros de la gente de la ciudad se notaba una preocupación existencial, estos rostros eran la imagen de la decadencia y la miseria. Se les tomaba fotografías para que los hombres de las ciudades se llenaran de compasión al ver el contraste y se animaran a enviar algo de dinero.

Las caras eran como un mapa donde se dibujaba el hambre, el frío y la vejez prematura. Los cuerpos estaban desnutridos y el lenguaje, tan pobre como la comida, no les ayudaba a expresar lo que padecían. En los ojos se veía el miedo y la desconfianza.

En el pueblo Nuri tuvo mucha dificultad para comunicarse con ellos. Se mostraban huidizos y era difícil sacarles una palabra. En esos intentos apareció de pronto un habitante de la ciudad. Le faltó tiempo para preguntarle cómo podía hacer para comunicarse con la gente del pueblo.

Antes de que termine la pregunta ya le había cortado para decirle que no pierda el tiempo. No vale la pena conversar con ellos, son cerrados y desconfiados, además no entienden nada.

Atónito observo el tiempo corrido, de miles que escapan sin rumbo y sin brillo. Diluvio de barro, hielo de fastidio, ausencia de norte, efímeros idilios. Te llenan de heridas y te hacen santo, las almas dormidas, que quieres tanto.

La armonía global de los hombres

Nuri se quedó sorprendido con esa respuesta y descubrió que había una brecha entre el pueblo y la ciudad. No estaban peleados pero existía una incomunicación preocupante.

El pueblo que estaba cerca de la ciudad era un mundo totalmente distinto, como si fuera otro planeta. Lo distinto no era sólo el paisaje, las costumbres o el clima, era más bien una zanja, una distancia, una incomunicación y tal vez bastante indiferencia.

Nuri recordó al policía del Banco y a los chicos con sus tablas hawayanas. No podía ser que a los habitantes de la ciudad no les importara nada la gente de los pueblos, o que los vieran solo como la materia para proyectos de ayuda social, pero siempre lejos de ellos, de sus casas y de sus vidas.

La ciudad estaba creciendo de espaldas al pueblo. Nuri veía que debería motivar un diálogo entre el pueblo y la ciudad. Un diálogo con los más capaces, con los líderes de las diversas casas. Había que buscarlos en el pueblo y en la ciudad.

Recordaba a los que entraban a la iglesia, muchos en el pueblo y pocos en la ciudad y de aquella energía que recibían en la casa de Dios para que puedan vivir en paz y entendiéndose entre ellos.

Cuando revisó sus pensamientos veía que todos los hombres tenemos un poco de cada casa y que también había gente como Mel, el de la casita ordenada. Había que encontrar otros como él y el buen taxista para invitarles al diálogo y poder formar la casa de todos los colores, que llamaría Betél. Del diálogo entre el campo y la ciudad saldrían muchas cosas buenas para ambos sitios.

Betél sería una casa muy hermosa con una escalera larga para llegar al Cielo. Saldría de ella una luz resplandeciente por la limpieza y la unidad de sus habitantes.

Renacería nuevamente la cortesía y el respeto que se habían perdido en el campo y en la ciudad. Se viviría un horario para que rinda más el tiempo y se pueda servir mejor a los demás. A la hora de la comida estarían todos sentados en la mesa con alegría y felices de encontrarse juntos para dialogar y hablar de la familia con cariño.

En Betél vivirán ricos y pobres, altos y bajos, gordos y flacos, blancos, negros, cobrizos... de todas las razas. Ocuparían un lugar preferencial los ancianos y los enfermos, habrían paralíticos y gentes con otros males que estarían bien atendidos. Todos serían un tesoro porque allí se les atendería con cariño y se les valoraría como personas.

Betél sería la casa universal de toda la humanidad. Allí también vivirían las personas que vengan de los pueblos más lejanos. Será

muy grato estar allí, en la casa de todos los colores. A partir de ahora se entenderían mejor los habitantes del campo y de la ciudad, ya no se darían las espaldas, colaborarían entre ellos para trabajar en conjunto, se sentirían verdaderos hermanos para sacar adelante todos los proyectos sin rencillas ni rivalidades.

Nuri se había convertido en el portavoz y unificador de los criterios sensatos para que las personas puedan vivir con una mayor armonía.

Los árboles, las plantas y la flores viven juntos y son distintos. Forman un hermoso jardín donde hay belleza y aroma. Es grato pasear mirando esos paisajes llenos de colorido bajo un cielo azul, saboreando la dulce miel de los panales.

Majestuosa sensación del existir, promesas de un tiempo de paz. Certezas reales de áulicos ambientes, con vidas de gentes dispuestas a vivir.

Acusiosa ilusión del alma mía, preludios de un amor mejor, que dejan muy atrás las utopías, con una nueva conquistade Cielo y Amor.

Nuri, un líder para la conquista de la verdadera unidad

Nuri regresó con los suyos y tuvo un gran recibimiento, superior a la fiesta de despedida. Las multitudes fueron a recibirlo. Lo premiaron con todos los honores y distinciones. Era un verdadero líder porque había conseguido para el mundo la casa de todos los colores. La casa donde se podía vivir con paz, que era la antesala de la Casa definitiva en la vida eterna.

Otrora, semblantes risueños, palabras, consuelos, promesas de cosecha, augurios buenos.

Gratos recuerdos de antaño, enarbolan la bandera de la gloria presente, contento en mis andares, percibo una riqueza en la mente para convertir a la gente.

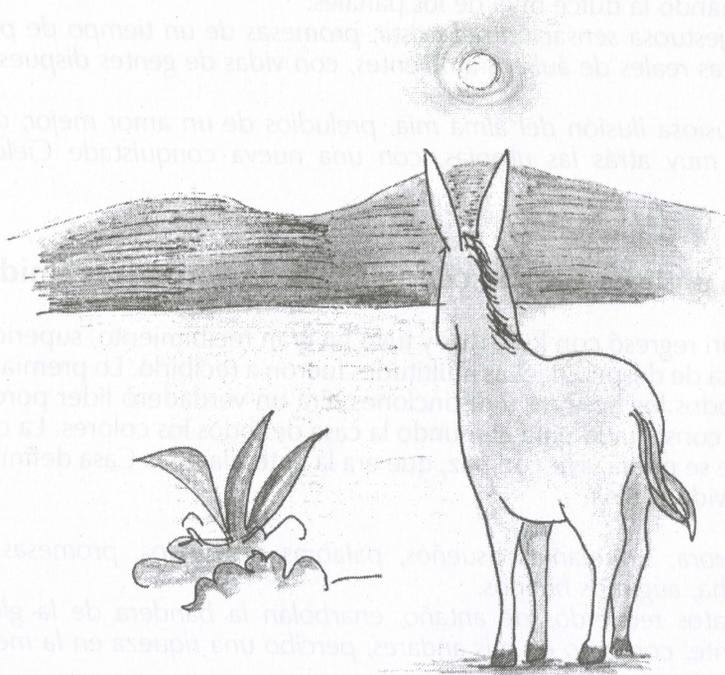
Mañana blanca, pensamientos claros, bucólica sensación, aire perfumado.

Emerge la aurora alegre con verdes paisajes de canto dorado.

Luz que ilumina lo hondo, haciendo fiesta en la mente con ideas exultantes de un futuro mejor.

Emoción intransferible en el umbral de este día, sin soslayar las heridas que la vida permitió.

Puente de fierro al futuro, seguridad de la gente, alegría en el ambiente, cuando nos van a premiar.



Esta segunda edición de "Nuri" es un resumen de libro que llevaba como título "La Inteligencia de la sencillez", (editado en Chiclayo en 1993).

Es un cuento filosófico y pedagógico que ilustra la virtud de la sencillez como condición importante para el entendimiento y la comprensión entre los seres humanos, y para construir la sociedad del futuro.

La sencillez y disposición de "Nuri", un burrito virtuoso y simpático frente a la complicación humana, abre caminos y horizontes nuevos, para la recuperación de los valores antiguos que no se deben perder en nuestra sociedad.

Es un planteamiento entusiasmante y positivo, sin caer en utopías o idealismos artificiales. Los cimientos para la estructuración de la sociedad son consecuencia de la recuperación del hombre con la ayuda indispensable de lo sobrenatural y el concurso de su propio esfuerzo.

La sencillez y la humildad, representadas en las cualidades de "Nuri" le convierten en un buen líder para la difusión de la verdad, junto a todos los que quieran ganar esas cualidades y lograr los cambios que nuestra sociedad necesita.